

LAS ILUMINACIONES MEDIEVALES, UN EJEMPLO DE NARRATIVA GRÁFICA

En el mundo cristiano del Medioevo el libro no era simplemente un objeto de uso; tenía un valor simbólico como testimonio de la salvación. El cristianismo no hacía diferencia entre el libro como un instrumento de comunicación y el mensaje que éste transmitía. El libro era la forma material de la fuente de fe: no sólo contenía el texto del Evangelio, sino que era el Evangelio.

El Salterio, el Evangelionario y el Sacramentario son los principales libros que serán ilustrados durante la temprana Edad Media. La situación cambió en el siglo XII con la ilustración de la Biblia. Son ilustraciones de índole didáctica, elementos de estructuración informativa con carácter artístico, donde la visión del mundo se hace presente como

una revelación visionaria (lo que ha visto el ojo interior).

Hay una misión propia de las ilustraciones como instrumento de la religión cristiana o de actividades religiosas. Esta función religiosa había sido formulada con absoluta precisión por la iglesia, por el Papa Gregorio el Grande, en el siglo VI. Al hacer una apología de la representación figurativa en el mundo cristiano, había explicado que los cuadros religiosos tenían un sentido didáctico, eran la Biblia y la hageografía destinada a los analfabetos, un mensaje visual e ilustrativo en vez de escrito.

El objetivo prioritario durante el siglo XII fue la ilustración íntegra de cada uno de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento en una

edición de conjunto, preferentemente en varios volúmenes. Las gigantescas Biblias románicas constituyen una categoría especial en el conjunto de los Manuscritos medievales iluminados, y no sólo por su gran formato. En el Medioevo, su denominación técnica fue “biblioteca”, debido a la extraordinaria envergadura y a las proporciones colosales con que se concebía el plan de estos enormes tomos en folios. Cada uno de los libros iba encabezado por una especie de cuadro de portada; esta idea de ilustración sistemática, no se concibió y llevó a cabo hasta el período románico.

En las primeras Biblias monumentales, antes y después del 1100, no existe el intento de adaptar las figuras individuales a la distribución del texto y a las iniciales. Se disponían las figuras libremente sobre el fondo vacío. No se observa una relación íntima entre la ilustración y la escritura. El vínculo es conceptual. Vale resaltar que la elección del gran formato para estas Biblias, era una concesión a la ilustración para un formato de tamaño

sobrenatural. Las miniaturas en ellas incluidas, que se cuentan entre las más grandes de su género, son pinturas en miniaturas.

Entre las ilustraciones de mayor interés está la ilustración del Apocalipsis. Por copias realizadas hacia el año 800, podemos concluir que el Apocalipsis de Juan, un texto que no era reconocido por la iglesia de Oriente, había sido ilustrado ya en la antigüedad post clásica. Hacia fines del siglo VIII está documentada la actividad del Beato de Liébana en España, el autor de un comentario del Apocalipsis, del cual existen únicamente ejemplares ilustrados, de lo cual se pueden concluir que esta glosa del Apocalipsis, se editó desde un principio como un libro de ilustraciones.

El texto del “Comentario” es escrito en latín, en caracteres en color rojo para los versículos del Apocalipsis propiamente dicho y en caracteres negros para el comentario. “El comentario” consta esencialmente de citas de otros escritos, en general extractos de

obras debidas a padres o doctores de la iglesia de los primeros tiempos del cristianismo. Los manuscritos suelen contener, en apéndice, el “Comentario del Libro de Daniel”, de San Jerónimo. En cuanto a las ilustraciones, éstas componen secuencias de miniaturas que a menudo ocupan una página entera, en las que se trazan con gran fidelidad las diferentes escenas del Apocalipsis. A ellas se añaden algunas imágenes relacionadas con la Biblia, con el Arca de Noé, los cuatro evangelistas, la genealogía de Cristo, un “mapa” del Universo y una serie de ilustraciones del “Libro de Daniel”. Pero la parte esencial es dedicada al Apocalipsis y tuvo en España una enorme difusión. Lo prueba el hecho de que nos han llegado más de 20 manuscritos ricamente miniados de estos “Comentarios”, mientras que otros textos sagrados son relativamente raros, en esta misma época, en versión ilustrada.

La redacción del “Comentario del Apocalipsis” la realizó Beato unos 60 o 70 años después de la invasión musulmana a Espa-



Comentarios del Apocalipsis del Beato de Liébana.

ña. Beato habitaba en una de las pocas regiones que consiguieron mantenerse independientes. Su relieve formaba una verdadera fortaleza natural, y la defensa que los habitantes de la montaña asturiana opusieron a las tropas islámicas, impidieron su progresión. Pero el arte de las miniaturas es un receptáculo plástico que evoca una mezcla de culturas, de la época visigoda, asturiana y mozárabe.

El aspecto externo revela su importancia: se trata de libros muy grandes, que tienen un número considerable de páginas y de ilustraciones; llegan a alcanzar los 32 X 45 centímetros en los ejemplares de mayor lujo, todos escritos en pergamino. Los manuscritos más antiguos (finales del s. IX) están escritos en le-



Comentarios del Apocalipsis del Beato de Liébana.

tra visigótica, a 2 columnas por página, luego substituida por la carolina y por la gótica-carolina. Son encuadernados en cuero. Las ilustraciones son realizadas en colores de gran intensidad, brillantes y satinados. Pueden limitarse a un fragmento de columna, viñeta en un margen, u ocupar toda una página o doble página. La ilustración se convierte en una obra narrativa pictórica autónoma.

Las miniaturas, que fueron concebidas como ilustración de las revelaciones apocalípticas, condujeron a la creación de una estética. Durante 4 siglos, este manuscrito fue incesantemente recopilado, embellecido e ilustrando de modo cada vez más suntuoso. El libro era considerado, en la época de la Reconquista, como el más sagrado y venerable en España; era “la clave de todos los libros”.

Otros manuscritos iluminados que emplean la narrativa visual son los libros de horas, monumentos de la miniatura medieval, creados entre los siglos XIV y XV, importante testimonio de la vida religiosa y de la devoción practicada por los cristianos de fines de la Edad Media. A diferencia de los manuscritos anteriores, que sentaron la tradición de las iluminaciones, tienen una factura predominantemente laica, y fueron elaborados en su mayoría en prestigiosos talleres de Francia y los Países Bajos, al margen de la vida propiamente religiosa de los talleres monásticos medievales.

Con ayuda de estos manuscritos, el fiel podía seguir las lecturas y oraciones que correspondían a los distintos momentos del día -horae-, todos los días de la semana. Las imágenes iluminan las lecturas dispuestas para las distintas horas canónicas del programa. Un libro de horas es compuesto por ciclos y las imágenes terminan por reemplazar muchas veces la “letra” (litterae) procedente del texto bíblico o de alguna otra fuente literaria, que le sirve de inspiración. En mu-

chos casos, la interpretación que realiza la imagen usa no sólo una clave estilístico-estética, o histórico-literaria, sino opta por una alegoría simbólica, resaltando el sentido devocional y teológico del texto y respectivamente del momento canónico.

Un buen ejemplo lo representa el ciclo de las Horas de la Virgen del Libro de Horas, compuesto por 157 iluminaciones repartidas en 12 ciclos iconográficos, realizado por un iluminador anónimo, entre 1440 y 1445, en los Países Bajos, y destinado a Catherine de Clèves, esposa del Duque de Gueldres. Otros Libros de Horas son: Las Horas de Jeanne d’Évreux, Las Grandes Horas de Rohan y Las Muy Ricas Horas del Duque de Berry. Este último manuscrito es conocido por su calendario iluminado con elegantes imágenes que recrean parte de la vida diaria y cortesana del Ducado de Borgoña en el siglo XV. Los hermanos Limbourg, sus autores, inauguran la apertura de la perspectiva en la representación del espacio en los manuscritos iluminados medievales.

“Las muy ricas horas del duque de Berry” justifica su nombre por la profusión y la excepcional calidad de las miniaturas, de las letras floridas, por la riqueza y suntuosidad de las formas, los colores, así como el refinamiento de los dibujos y el realismo de las formas. Las imágenes aportan información sobre la vida cotidiana, la mentalidad y los valores del siglo XV. Ofrece motivos de la naturaleza como símbolos de la complementariedad entre la grandeza de los príncipes y la labor de los campesinos, entre los esplendores del mundo y el orden cósmico.

Desde la cultura medieval, los manuscritos iluminados llegan a integrar la tradición de la narrativa visual, a la cual aportan con una gran capacidad de comunicación y una estética en la cual la belleza y la significación se conjugan para establecer vínculos esenciales de conocimiento con el lector. ■



Las muy ricas horas del Duque de Berry.

Rosa Gonzales Mendiburu

Profesora de Ilustración y Diseño Gráfico

Bibliografía:

PÄCHT, Otto. *La miniatura medieval*. Madrid: Editorial Alianza Forma, 1987

STERLIN, H. *Los Beatos de Liébana y el arte Mozárabe*. Madrid. Editorial Nacional, 1983

LIMBOURG. *Las muy ricas horas del Duque de Berry*. Editorial Dracger Frères, 1969